

bernador de la Provincia. Los primitivos colonos para resistir el ataque, en el caso de que se hubiera realizado, contaban con el auxilio de los indios mosquitos. Contaron con él tambien cuando fueron batidos con tanta habilidad como éxito por el intrépido y valeroso Don Antonio de Figueroa y Silva que fué nombrado por el Gobierno español Gobernador y comandante general de la Península de Yucatan, con el objeto de que llevara á efecto, como lo hizo, la destruccion de la colonia de Wallace. No es posible extenderse explicando las operaciones de Figueroa; basta decir que por mar y por tierra batió felizmente á los piratas, que muchos de estos y algunos de sus aliados quedaron prisioneros, Belice destruido y la España dueña de todo el territorio de la Península. Por un sentimiento de vanidad muy disculpable no puedo dejar de precisar, como tendré que hacerlo otra vez en lo sucesivo, que para la expedicion de Figueroa salieron de Campeche todos los elementos marítimos; que aquí se prepararon las embarcaciones; que campechano fué el donado é inteligente marino que mandaba la escuadrilla, cuyo nombre no ha podido recoger la historia para inmortalizarlo, y que desde entónces los marinos campechanos dieron, frente á Belice, las primeras pruebas de su valor tradicional, que nunca han desmentido. La expedicion de Figueroa dió motivo á que por la primera vez el gabinete de S. M. B. dirigiese una reclamacion diplomática al gobierno español respecto de la colonia de Belice; y este, sin fijeza ni energía en sus reclamaciones internacionales, dando ya señales de esa debilidad que enervó la grandeza de la Nacion de los dos mundos, contestó la nota cuando debió rechazarla; satisfizo la exigencia, cuando debió defender el derecho; reprobó severamente los actos de Figueroa cuando debió haberlos enaltecido; pretendió hacer un criminal del que habia sido un héroe. Así, la España ingrata como siempre, con sus genios, injusta con sus héroes y vacilante hasta para defender sus propias glorias, dió alguna existencia legal á la colonia, reconociendo que el pabellon inglés podia estender su sombra protectora hasta las lejanas costas de Yucatan, para amparar á los piratas ingleses que en ellas habian establecido su guarida.

La conducta del gobierno de la metrópoli hizo renacer la colonia destruida por Figueroa, porque ingleses venidos de Jamaica la poblaron nuevamente, continuando la obra del bu-

canero Wallace. Las autoridades españolas de la provincia no veian con indiferencia esos trabajos de restauracion; al contrario, manifestaban constantemente sus patrióticos deseos de oponerse y pedian auxilios con el objeto de hacerlos efectivos; pero la España envuelta en las guerras de aquella época que sostenia unas veces sola y otras aliada con alguna potencia Europea, no estaba en disposicion de remitirlos, y los deseos quedaban estériles. Miéntas, los nuevos colonos con el derecho que deducian del título expedido por el Rey de los indios mosquitos, contando siempre con la cooperacion eficaz de estos, y alentados, sobre todo, por la intervencion que en su favór habia manifestado el Gobierno de S. M. B., seguian restableciéndose, la colonia ensanchaba sus límites, se construian fortificaciones, y se ejercian todos aquellos actos que solo podia autorizar la posesion bien adquirida. Esta situacion continuó hasta 1,775 en que el Gobierno español, en guerra con el de Inglaterra, dió órdenes terminantes para espulsar á los ingleses de Belice. Estas órdenes las recibió el Sr. D. Roberto Rivas Betancourt que era en aquella época el Gobernador y Capitan general de la Península Yucateca. Sin grandes elementos, pero con una voluntad que lo sabia suplir todo, se dispuso este elevado funcionario á cumplir las disposiciones de la corona, y en una flotilla preparada en este puerto, embarcó el capitan General sus pocos elementos de guerra, los condujo á Bacalar, y de allí con una extraordinaria actividad (en la actividad se encierra casi siempre el éxito de las acciones humanas) emprendió sus operaciones sobre Belice. El resultado fué favorable, aunque no tan completo y definitivo como era de desearse: los ingleses desalojaron las riberas del Rio Hondo; el fuerte de Cayo-Cocina fué ocupado por los soldados peninsulares, quienes cogieron varios prisioneros y embarcaciones, la flotilla de Rivas pasó al Rio Nuevo, desalojó á los colonos de sus riberas, y fueron quemados los valiosos establecimientos que habian conseguido plantear. Esta es la segunda vez en que tengo que cumplir con el grato deber de hacer notar que la referida flotilla estaba compuesta de piraguas y canoas armadas y tripuladas en este puerto, y que fué tan notable el valor y la audacia que los marinos campechanos desplegaron en aquella ocasion, que consiguieron apresar un bergantin de la escuadra inglesa que montaba catorce cañones, cuyo valor era de

setenta mil pesos, y que, habiendo aumentado con éste sus embarcaciones, hicieron huir las del enemigo. El que tenga conocimiento de lo que han sido y son los marinos ingleses; el que no ignore la fama universal que justamente han adquirido y conservado, sabrá apreciar en todo lo que vale la conducta observada por los modestos marinos de este puerto en la invasión de Rivas á la colonia inglesa. Sus hechos preclaros han llegado hasta la generacion actual, y pasarán á las venideras, como una inapreciable herencia de honor y de gloria. A los cuatro años de la expedicion del Capitan General Rivas Betancourt, se terminaba la prolongada y sangrienta guerra que sostuvieron la Inglaterra y la España y la Francia, la cual se extendia hasta sus posesiones de América, celebrándose un tratado definitivo de paz que se firmó en Versalles el 3 de Setiembre de 1783. Hasta esta fecha no tuvieron ningun derecho para residir en el territorio de la Península los súbditos de S. M. B.. El objeto de esta ligera digresion histórica es probar que ha habido una lógica inflexible en la conducta observada por los ingleses de la colonia de Belice desde su fundacion hasta nuestros dias; es encadenar unos hechos con otros, evidenciando cuan íntima relacion existe entre todos ellos. En efecto, el tratado de alianza celebrado por Wallace con los indios mosquitos viene á ligarse perfectamente bien con el celebrado por la autoridad inglesa de la colonia con Márcos Carrul: el apoyo que dieron los mismos indios mosquitos, rebelados siempre contra España, á los fundadores de la colonia, y los auxilios que prestaban á sus habitantes cada vez que se veian atacados, es un antecedente que se encadena con el apoyo que ofrecen los ingleses de Belice á los indios sublevados de la Península, y con el hecho de que aquellos hayan proporcionado y proporcionen á estos, armas, pólvora, plomo y demas elementos para activar la guerra constante que sostienen. La reclamacion inglesa que se dirigió al gobierno español despues de la destruccion de Belice por Figueroa, y que, segun una opinion respetable, fué suscrita por Lord Stanhope, Ministro de S. M. B., es la primera hoja de la larga historia de las reclamaciones injustas respecto á Belice, que acaba de aumentar con una nota mas el Ministro Lord Granville; y la débil é injustificable contestacion que entónces se dió á aquella, estableció la necesidad de que, aun hasta hoy, ese

Ministerio de su digno cargo contestase esta, defendiendo de una manera respetuosa, pero persuasiva, el honor y la integridad de la República. Hechas estas indicaciones, que no carecerán de peso ante el criterio ilustrado de los hombres, y que pueden servir para conocer cuáles han sido y pueden ser las tendencias del Gobierno inglés respecto á sus colonias de América, paso á ocuparme del asunto sobre que debe versar esta parte del informe, empezando por el primer punto de los tres que he señalado anteriormente.

*
*
*

La guerra de indios, que como una terrible adversidad pesa sobre la Península, puede decirse propiamente que comenzó desde el 30 de Julio de 1847, pues aunque con anterioridad habia habido algunos conatos de sublevacion, esta no se habia efectuado sino hasta la funesta fecha señalada, en que una gran parte de los indios, encabezada por Cecilio Chí, cayó sobre la pequeña poblacion de Tepich, asesinando á todos sus habitantes y marcando con esta primera accion el carácter sangriento y aterrador de la lucha que se iniciaba. Asi como en el órden físico se van reconcentrando en el profundo seno de los montes las materias combustibles que derriten los metales y calcinan las piedras, y que despues abren el cráter para derramar por todas partes lavas destructoras que hacen desaparecer no solamente á los individuos sino á los pueblos, tambien en el órden moral se van acumulando en el corazon de algunos hombres, iguales por el color de su piel y la identidad de sus facciones, que es lo que constituye el carácter de las razas, ó identificados por sus afecciones morales, se van acumulando injusticias, desprecios, injurias, persecuciones y crímenes, hasta que la explosion es inevitable, y entónces la venganza no reconoce límites, y el refinamiento del odio produce la catástrofe. Esto es precisamente lo que ha pasado con los indios de la Península. Por no creerme competente, ni ser necesario, en mi concepto, para llenar el objeto de este informe, no hago un estudio histórico ni filosófico sobre el origen, causas y tendencias de esa guerra salvaje. Un eminente escritor, de cuya tumba se desprenden destellos de gloria que bañan toda la Península, hizo un inestimable trabajo sobre este impor-

tante acontecimiento, que marca una época dolorosa, refiriendo los hechos con una precisión admirable y juzgándolos con un talento superior; y otro jóven escritor ha tenido el indisputable mérito de recopilar todos los datos, de ordenarlos y de ser el primero en escribir, satisfaciendo con esto una necesidad pública, el "Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatan desde 1840;" ese año, que es la piedra miliaria desde donde empiezan los grandes y trascendentales sucesos que se han verificado en la Península de Yucatan. Basta á mi propósito reasumir, sin pretension alguna, las causas originarias de la guerra. Esas causas, que se fueron acumulando por espacio de mas de tres siglos y que prepararon y precipitaron el cataclismo de 1847, son:

La conquista, que plantó su bandera ensangrentada sobre cadáveres y ruinas.

El vasallage.—La encomienda.—El monopolio.—El diezmo.—El Fanatismo.

La ignorancia: mas todavía, el embrutecimiento.

La conducta de los partidos políticos que, ofuscados en la lucha, buscaron la alianza de los indios, despertándolos, por decirlo así, y haciéndoles comprender que aún podían luchar con ventaja por su número y por sus condiciones.

La impunidad de los hechos feroces que ejecutaban como aliados.

La falta de recompensa á sus servicios.

El convencimiento de la division, y, en consecuencia, de la debilidad.

La vacilacion y la falta de energía en los primeros momentos.

El fusilamiento de Manuel Antonio Ay, casique de Chichimilá, en el partido de Valladolid, verificado el 26 de Julio de 1847.

El fusilamiento de Justo Ic y tres mas del pueblo de Ekpeo, que tuvo lugar el mismo y memorable día 30 de Julio de 1847.

La persecucion débil contra Bonifacio Novelo, Jacinto Pat y Cecilio Chí, á quienes no se tomó gran empeño en aprehender. Estas causas, remotas, graves y generales las unas; inmediatas, exasperantes y personales las otras, produjeron la guerra de indios, cuyos efectos han causado y están causando mas daño que las candentes lavas del Vesubio.

La guerra fué tomando cada vez mas un carácter terrible; se fué extendiendo la insurreccion; los hombres y las mugeres, los ancianos y los niños caian bajo el machete de los bárbaros; las poblaciones, despues del saqueo, eran entregadas á las llamas, se destruian las fincas de campo, se profanaban los templos, se violaba á las vírgenes, se comían toda clase de crímenes; y nada hay en la historia que pueda compararse á estos hechos, ni las invasiones del conocido Jefe de los Hunos, ni la entrada á Roma de los soldados del condestable de Borbon. El pánico se fué apoderando progresivamente de los soldados que defendian la civilizacion, y llegó á dominarlos hasta el extremo de que á los bárbaros no se les presentaba una resistència eficaz y se atrevieron á llegar hasta las cercanías de la ciudad de Mérida, hasta las inmediaciones de esta: y desde las almenas de la ciudadela de San Benito y desde las murallas de esta plaza se veian los resplandores siniestros del incendio y se escuchaba la vocería amenazante de esos implacables enemigos. Ni á la vista de este espectáculo conmovedor é imponente dieron tregua los partidos políticos de la Península á sus diferencias; y sensible es decir que muchas veces las fuerzas destinadas á guarnecer los pueblos y defenderlos de las invaciones de los salvajes, han sido separadas de su patriótico y humanitario objeto, para emplearlas en la guerra civil, dejando que los indios sacrificaran impunemente las poblaciones abandonadas.

En medio de esta situacion, cuando Yucatan habia agotado todos sus recursos; cuando sus hijos desesperados perdian las últimas esperanzas; cuando el Gobierno mexicano se mostraba indiferente á la suerte de esta parte de la República; cuando el del Estado, como el individuo que se vé atacado por todas partes, pedia socorro con acento lastimoso, y lo pedia hasta á los gobiernos extranjeros, cediendo la propiedad de la Península, regalándola al que quisiera salvarla; cuando la barbarie casi consumaba su obra en presencia de las naciones civilizadas del mundo; cuando Yucatan yacía abandonado de Dios y de los hombres, se operó la reaccion entre sus propios hijos, que, sin tener que esperar nada de nadie, tenían que procurarlo todo ellos mismos. Algunos auxilios, y es justo decirlo en toda circunstancia, vinieron de la Isla de Cuba. Pocos fueron, en verdad, pero bas-

tantes para interesar la gratitud de todos los hijos de la Península Yucateca, que nunca podrán olvidar los nombres de los Sres. D. Federico Roncali, Conde de Alcoy que era Capitán General de la Isla, y del Comandante del apostadero D. José Primo de Rivera.

La necesidad apremiante de redimir al país, de salvar los intereses, de defender la familia, de conservar la propia existencia, reanimó á todos: pasó la ofuscación, se repusieron de la sorpresa, y entónces se activó la guerra contra los indios, se recobraron varias poblaciones importantes, se obtuvieron victorias gloriosas, y se dieron ejemplos de valor y de heroísmo que serán siempre un timbre de gloria para los peninsulares. No hay duda que este período de la guerra inspiró la confianza de que pudiera terminarse completamente; pero su poca duración burló este sentimiento. Es forzoso decir que la guerra que se hizo á los indios para rechazarlos fué cruel y sangrienta. Las represalias fueron terribles, y puede asegurarse con verdad que la lucha era propiamente de bárbaros. No me atreveré á calificar esta conducta porque sería muy aventurado hacerlo cuando los años han pasado, cuando las circunstancias no son las mismas, y, por consiguiente no es posible estar bajo la impresión de las pasiones que la inspiraron.—Lo que debe creerse es, que si el rigor que se desplegó en los primeros días se hubiera ido atenuando, que si no hubieran tenido lugar ciertas escenas, cuyo relato no puede oírse sin terror, porque son superiores á las más crueles del martirologio humano, el triunfo hubiera sido completo, más digno de la civilización y más honroso para la humanidad. Habiendo pasado el período de entusiasmo más pronto de lo que era necesario, vinieron en pos la inercia y la debilidad. A la desmoralización de la sorpresa, sucedió la desmoralización del interés: la guerra se volvió para algunos objeto de especulación y de lucro. Los cantones no estaban organizados convenientemente. Se abandonó una gran parte del territorio á los indios, y estos pudieron organizarse y establecerse. La actitud defensiva es la que generalmente se ha guardado, y cada día se va haciendo más difícil tomar la ofensiva, porque el enemigo ha empleado y emplea el tiempo en fortificarse y en adiestrarse en el ejercicio de la guerra. Ha espiado y espía el momento en que se retira la guarnición de algún pueblo pa-

ra caer sobre él, siempre con la ferocidad insaciable de los primeros días, y, después de reducirlo á cenizas, cargado con el botín, se retira á sus inaccesibles guaridas. Las poblaciones del Sur y del Oriente de Yucatan y las del Partido de los Chenes en este Estado están constantemente amagadas; sus habitantes tienen que vivir con el arma al hombro, esperando la hora de ser invadidos. No hay confianza, y por consiguiente no hay estabilidad, pues en algunas partes, cuando se acerca la noche, las familias se reconcentran á la plaza, temiendo que de una hora á otra caigan los indios sobre ellas. La guerra con todas sus consecuencias existe, y en estos mismos momentos se amaga con una nueva y formal invasión á los dos Estados peninsulares. El documento número 3 revela que los indios no cejan en su proyecto de exterminio. La declaración del C. Martín Beltrán, que se ha servido transcribirme el C. Gobernador y comandante militar de Yucatan, ha hecho conocer las últimas disposiciones tomadas por un enemigo que no disminuye su rencor, ni modifica sus instintos, ni desiste de sus antiguas ideas de venganza. Ahora, como en el año de 1847, los indios, al mando de Crescencio Poot, Jefe de Chant Santa Cruz, proyectan atacar las poblaciones de Bolonchen é Iturbide de este Estado, y la de Peto del vecino de Yucatan extendiendo todavía más sus pretensiones en este sentido, para el caso de que no se verifique felizmente el ataque proyectado. Parece, según la misma declaración, que cuentan con más de dos mil hombres para desarrollar sus planes. Estas noticias, que no carecen de verosimilitud, producen, cuando ménos, el efecto de la alarma en los pacíficos y laboriosos habitantes de las poblaciones amagadas, y obligan al Gobierno á dictar algunas medidas precautorias de seguridad. Sucede con frecuencia que las invasiones que se anuncian no se realizan; pero el hecho de que se formen y se anuncien conserva vivo el sentimiento de la defensa, no calma la inquietud de las familias, y el temor de la emigración enerva la acción del trabajo. No puede dudarse, ni es posible ocultar, que la guerra existe. Empezó, como se ha podido ver, el 30 de Julio de 1847, y continúa hasta hoy. Que pasen unos días más, y ese terrible azote contará veinte y seis años de existencia. ¡¡Veinte y seis años!! Larga ha sido la lucha; pero la barbarie no ha podido ven-

cer á la civilizacion, y durante ella los hijos de la Península han tenido ocasion de probar la constancia de su valor y la tenacidad de su carácter. En este largo y variado período, vencedores unas veces y vencidos otras, se ha conservado la resistencia, y los indios han comprendido las dificultades insuperables que se oponen á la realizacion de sus designios. Sin embargo, ellos se preparan, se adiestran, se arman, hasta se equipan convenientemente, y están fijos en su resolucion: el exterminio. Esta guerra sangrienta que ha durado veinte y seis años, significa: el martirio de la Península, el cargo mas severo para la República y el baldon para todas las Naciones civilizadas del mundo, que no han tenido ni una palabra de simpatía y de estímulo para los defensores de la mas santa de las causas.

* *

Hace poco que tuve necesidad de hacer observar que los piratas ingleses establecieron y conservaron su guarida con la alianza de los indios mosquitos, y que habian sido consecuentes, sus sucesores, con esa conducta. Ahora, al tener que referirme á la época en que comenzó el comercio de armas y pertrechos de guerra que han hecho y hacen con los indios sublevados los habitantes y autoridades de la colonia de Belice, que es el nombre y el carácter que actualmente tiene la antigua guarida, se me presenta la oportunidad de probar la consecuencia á que me he referido. Comprendo la gravedad del cargo, y no excuso la prueba. El comercio de armas y pertrechos de guerra entre ingleses é indios empezó desde los primeros dias en que estos emprendieron la guerra. Se puede asegurar que desde que se pensó en esta y se empezaron los preparativos, empezó tambien ese comercio infame, y hay motivos bastantes para presumir que no hubiera estallado la guerra si no se hubiese contado con el auxilio de los colonos. No hay mas que hojear las primeras páginas de esa terrible historia para convencerse de tan desconsoladora verdad. En el "Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatan, desde el año de 1840 hasta 1864, escrito por el C. Lic. Serapio Baqueiro, en el capítulo VI. del tomo 1º en las páginas 219 y 220 se lee esta importante relacion: "El 18 de Julio de 1847 pocos dias án-

tes del pronunciamiento verificado en Tizimin, se presentó á D. Eulogio Rosado, D. Miguel Gerónimo Rivero—el primero que dió aviso de la conspiracion tramada por la raza indígena— procedente de su hacienda Acanbalam, distante diez leguas de Valladolid, manifestándole lo siguiente: que estando en su hacienda referida habia observado, hacia el espacio de ocho dias, que grandes turbas de indios conduciendo provisiones de boca ó bastimento pasaban por allí, dirigiéndose á la hacienda Culumpich, de la propiedad de Jacinto Pat, casique de Tihosuco: que estos indios eran de Chichmilá, Tixhualahun &c. &c.: que en vista de esto, habia enviado á un sirviente suyo á Culumpich con el objeto de averiguar lo que pasaba, habiéndole manifestado este, á su regreso, que aquel lugar estaba lleno de indios naturales todos del Distrito de Valladolid: que tramaban una gran conspiracion contra la raza blanca, de la cual eran Jefes principales Bonifacio Novelo, Jacinto Pat y Cecilio Chí: que el propósito de este último, segun oyó decir, era apoderarse, ante todas cosas, de Tihosuco: *que en el rancho Tzal se habia efectuado un desembarque de escopetas traídas de Belice para el efecto*; y por último, agregaba &c. &c. No cabe duda, despues de esto, en que ha habido simultaneidad entre estos dos hechos, la guerra de indios y el auxilio de los ingleses. Muchas pruebas se podian presentar para evidenciar este aserto, pero las mas de ellas constan en el archivo de ese Ministerio; y en la contestacion dada al Ministerio de S. M. B. se ha hecho uso de algunas, verdaderamente incontestables; pero á pesar de esto, tengo que aducir otras nuevas, que no carecen de interes y de importancia. Recordando que el C. General Celestino Brito, comandante militar de esta plaza, fué uno de los primeros oficiales que prestaron sus servicios en la guerra de indios, y que en la historia de esta se han consignado algunas acciones suyas que honran y enaltecen su modesta vida militar, me dirigí á él pidiéndole informe sobre los puntos principales del que debia yo rendir. El General ha obsequiado mis deseos consignando los hechos conforme los ha guardado en su feliz memoria. Su relacion la acompaño (documento núm. 4.) porque los datos que contiene servirán de mucho al ventilar la importante cuestion de que se trata. En efecto, por ella consta: Que los indios que sitiaban la ciudad de Va-